


SAINETE

TITULADO

EL GATO,

POR

Ignacio

D. JUAN GONZALEZ DEL CASTILLO.

(PARA SEIS PERSONAS.)



MADRID.—1869.

LIBRERÍA DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE DON JOSÉ CUESTA,

Carretas, núm. 9.

PERSONAS.

PABLO.
NICOLÁS, *sastre.*
ATANASIO, *zapatero.*
CURRILLO, *niño, hijo de*
RITA, *mujer de Nicolás.*
MARÍA, *vecina de Rita.*

Establecimiento tipográfico de **Eduardo Cuesta**, Factor, 14.

Casa pobre: una silla con una cesta con costura.

NICOLÁS, *en ademan de dejar el trabajo, y poniéndose el capote y la montera para irse;* RITA *sale observándole, y al tiempo de marcharse le dice:*

RITA. ¿Adonde vá usted, señor,
tan depriesa?

NICOLÁS. No me tardo;
porque voy aquí á la vuelta...
y despues... hácia esta mano...
como quien vá en derechura...
en fin, pronto vuelvo.

RITA. ¿Cuándo?
¿Te parece de que es modo
de cumplir, picaronazo,
con tu obligacion?

NICOLÁS. Mujer,
¿qué dices? ¿pues en qué falto?

RITA. ¿En qué faltas? ¡Ciertamente
que está muy bueno el descaro!
No han dado las once y media,
sueltas la aguja, echas mano
á la monterilla, y vas,
quién lo sabe, á picos pardos
con alguna pelandrusca,
ó á gastar los pocos cuartos
que ganas, en la taberna.
y mas que se lleve el diablo
á tu mujer y á tus hijos.
Mira, Nicolás, que aguanto
porque soy mujer de bien;
pero el dia que á los cascos
se me suba el berrenchin
he de hacer una... cuidado
que las mujeres podemos
á cada instante vengarnos.

NICOLÁS. Vaya, mujer, que tu genio
es capaz de hacer á un santo
darse contra las paredes.
Si no voy mas que aquí abajo
por dos adarmes de seda
para el pantalon de paño.

RITA. Pues yo no quiero que salgas:
larga el capote volando
y remata los calzones
del señor don Policarpo
Molinete.

NICOLÁS. ¡Hasta mal haya
el dia que me casaron!
¡Que no me hubiera mordido
un perro rabioso, cuando
entré á tomarme los dichos!
(Siéntase á coser.)

RITA. Echa, infame, echa mas sapos
y culebras. La infeliz soy yo,
que le dí la mano
á un borracho, á un holgazan,
y desprecié un mayorazgo
que tenia diez olivos
y una casa con diez patios
en Lebrija: ¡qué locura!
venir á pasar trabajos
cuando pudiera rodar
coche.

NICOLÁS. Si quisieras carro,
el capataz es mi amigo,
verás como te lo planto
á la puerta, y en dos horas
visitas á todo el barrio.

RITA. Eres un tonto, un jumento.
Yo me voy, porque si agarro
un demonio, te he de abrir
la cabeza en dos pedazos. *(Vase.)*

NICOLÁS. Esta no es mujer, que es sierpe.
¡Que me hubiera yo casado!
Los primeros ocho meses,
vaya, parecia el majo
de mi mujer; pero luego
que arrojó al mundo un muchacho
que me ensuciára, empezó
á encorvar el espinazo.
Se acabó la guirindola
almidonada, el zapato
pespunteado y quedé
un almacen de guiñapos.
¡Ay, qué vida, Nicolás!
Si no fuera por los tragos
que te tiras, á estas horas
te hubieras, sin duda, ahorcado.

Sale PABLO.

PABLO. Compadre, ¿no sabe usted
la noticia que me ha dado
un sujeto inteligente?

NICOLÁS. Nada sé, compadre Pablo.

PABLO. Pues, compadre, este sujeto
me dijo que habian llegado
dos botas de manzanilla
á la tienda de allí abajo,
que puede beberlo un rey.

NICOLÁS. Vaya, deme usté un abrazo.
En dando las doce, iremos
los dos á paladearlo.

PABLO. ¿A las doce? ¡Y yo creí
que bajase usted rodando

la escalera! Vaya, vaya,
que tiene usted lindo cuajo.

NICOLÁS. Por una hora mas ó menos...

PABLO. Yo soy pronto en estos casos.
Cuando estaba mi mujer
(que Dios haya) agonizando,
salí con una receta
como á las once y tres cuartos
de la mañana, y al pié
de la torre del Ricaño
encontré á Miguel Perales,
que venia en su caballo
de la Isla. —Adios, Miguel.—
—Dios guarde á usted, tio Pablo.
¿Qué hay de nuevo por la Isla?—
—Que en la tienda del naranjo
hay un vino... para hombres
de gusto.— Pasó de largo,
y tomé el arrecife
hasta la Isla pian-piano.
Compadre, ¡si viera usted
qué nectar! Hasta las cuatro,
me tiré cuarenta medios.
Y á no ser por el cuidado
de mi mujer, hago noche
en la taberna, mas cuando
volví á Cádiz, la encontré
amortajada. ¡Qué paso
tan doloroso! Ojalá
no hubiera vuelto en un año,
pues á lo menos hubiera
pasado el dolor á tragos.

NICOLÁS. Compadre, ¡qué feliz fué
usted en haber enviudado!
Usted trabaja, si quiere,
bebe, pasea, hace cuanto
le dá la gana, sin que
nadie le corte los pasos:
pero yo, pobre de mí,
tengo una mujer al lado
que no me deja siquiera
respirar.

PABLO. Usté es muy blando,
compadrito. Mi mujer,
téngala Dios en descanso,
era lo mesmo que un tigre;
pero yo con mis halagos,
mi prudencia y mi dulzura,
y una vara de á dos cuartos,
en poco tiempo logré
que no moviera los lábios.

NICOLÁS. Amigo, bien se conoce
que no tuvo usté un cuñado,
que por cualquier friolera
quisiera desafiarlo.

PABLO. Es verdad; pero hay mil modos
de manejarse. Atanasio
es de los nuestros: le gusta,
como es regular, un trago
de buen vino, con que todo
se reduce á convidarlo,
y por dos ó tres chiquitas
será luego su abogado.

NICOLÁS. Dice usté bien: y aun por eso
cuando me ha visto borracho,
se ha encolerizado mas.

PABLO. Pues, la envidia: si yo calo
á las gentes. Los que tienen
un olfato delicado
no se pueden contener.
¿Qué hacemos, compadre, vamos
á probar aquella bota?

NICOLÁS. Escurrámonos volando
antes que Rita nos sienta.
(Pónese el capote y la montera.)

Sale RITA.

RITA. ¿A dónde te vas?

NICOLÁS. No tardo tres minutos.

PABLO. Comadrita, usted no tenga
cuidado, que vá conmigo.

RITA. Primero es atender al trabajo
que salir á emborracharse.

PABLO. Comadre, ¿qué está usted hablando?
¡Válgame Dios! ¿Tengo cara
de bebedor? Tomo un trago
cuando se ofrece un bautismo,
un entierro, ó cuando salgo
con la demanda y no mas:
fuera de esto, ni probarlo.

RITA. ¿Pero á dónde van ustedes?

PABLO. Mire usted, comadre... vamos...
á tener una señora
casada, que está de parto...
y como he dado palabra...

RITA. Pues vaya usted solo.

NICOLÁS. *(Aparte á Pablo y váse.)*
Abajo le espero á usted.

RITA. Mira, infame...

PABLO. Déjele usted, con mil santos.

RITA. ¡Usted es un alcahuete!

PABLO. Vaya, si le ha cogido á usted
el diablo por ahí...

RITA. ¡Loco!

PABLO. Usted es una... pero callo,
porque si no... usted agradezca,
que está esa mujer de parto. *(Váse.)*

RITA. ¡Qué pícaro! ya no puedo
sufrir la vida que paso.
Rita, no seas tan buena.
¿El no se va á picos pardos?
¿No abandona la costura?
¿No gasta los pocos cuartos
que gana? pues no seas simple:
haz desde hoy, tú, otro tanto.
Deja tus haciendas, véte
á pasear, al teatro,
que esto y mucho mas merecen
los maridos bribonazos.

Sale MARÍA.

MARÍA. Tenga usted muy buenos dias,
vecinita...

RITA. ¡Qué milagro!
¿usted en mi casa?
MARÍA. Oí voces,
y como me sobresalto
de nada, vine á saber...
RITA. Pues no es cosa de cuidado,
me enfadé con mi marido
y alcé la voz.
MARÍA. Me hago cargo.
¡Ay! ¡qué martirio es luchar
con un vicioso!
RITA. No hay clavo
mas agudo, que un marido
mala cabeza.
MARÍA. ¡Qué ratos
pasará usted! ¡pobrecita!
Vaya, merecen mil palos
esas mujeres chuponas
que emboban á los casados.
RITA. ¿Qué dice usted? ¿Nicolás
tambien anda en malos pasos?
MARÍA. ¿Lo ignoraba usted? ¡Jesús!
Ya me pesa haber hablado
sin reserva. ¡Dios me libre!
por mi causa, ni pensarlo:
no quiero que se indispongan
los matrimonios: ¡qué cargos
de conciencia! Si su esposo
es jugador, si es borracho,
si anda mal entretenido,
y hace otras cosas que callo,
allá se las haya. Usted
no lo sabrá por mis labios.
¡Jesús, no quiero infernarme!
RITA. Eso es hacerme un agravio:
siendo usted mi amiga, debe
advertirme todo cuanto
me perjudique.
MARÍA. Y que luego
digan, que yo he sido el diablo
que he sembrado la zizaña
entre ustedes: no, no trato
de tener que confesar
culpas agenas. ¿Qué gano
con decirle á usted, que ayer
le encontraron merendando
en no sé qué ventorrillo
con una moza del barrio?
No señora, yo no quiero
andar en chismes. Yo gasto
mucha prudencia: ¡caramba!
¿Matrimonios? ¡Guarda, Pablo!
Rabian, patean, se arañan,
pero luego en apagando
el velon, hacen las paces
y carga todo el nublado
sobre el que habló, y el que dijo.
¡Dios me libre, ni pensarlo!
RITA. No es menester que me digan
las gracias de ese villano,
que bien le conozco.
¡Infame! ¡Vive el cielo!...

Sale CURRILLO *sobre una caña corriendo, y el bulto colgando del cuello, como que viene de la escuela.*

CUR. ¡Arre, arre, caballo!...
RITA. ¡Oyes, pícaro! ¿No miras
que hay gente?
CUR. Si estoy
domando este potro.
RITA. Ven acá.
CUR. ¿Qué manda usted?
RITA. ¿Di, pillastre
á dónde está la cartilla?
CUR. Si me la rompió un muchacho.
RITA. No sé como no te ahogo.
¡Habrá lo menos tres años
que está en el Jesús! Maldito,
¿cuándo aprendes?... (*Pellízcale.*)
CUR. (*Llora.*) ¡Ay, mi brazo!
RITA. Miren qué cara de dogo
pone cuando llora: el diablo
es contigo un Narcisito.
¡Marcha de aquí!
CUR. Ya me marcho:
no me pegue usted. (*Váse.*)
RITA. En lo feo
y en lo maula, es un retrato
de su padre.

Sale ATANASIO.

ATANAS. Buenos dias.
RITA. Esto es ya vivir rabiando.
MARÍA. ¡Pobrecita!
ATANAS. ¿Qué hay de nuevo?
RITA. Que tu bendito cuñado
no piensa mas que en beber
y enamorar: ¡bribonazo!
¡Abandonar su familia!
¡Desatender al trabajo!
¡No, no quiero ya sufrir
tantas infamias! ¡Un lazo
tengo de echarme al pescuezo,
y saldré de estos quebrantos!
ATANAS. Pero, ¿para qué es matarse?
¿Acaso hay mas que plantarle
en medio de la corriente,
con el lío de sus trapos?
MARÍA. Ese es el mejor remedio.
¡Jesús! si hubiera yo dado
con un hombre de esa clase,
ya no estuviera á mi lado.
¡Pícaros! Que los aguante
la que los parió.
RITA. Yo aguanto (*Llora.*)
porque no tengo á mi madre.
ATANAS. ¿No tienes aquí un hermano?
¿Pues para qué es afligirse?
Mientras yo cosa zapatos
no te puede á tí faltar
de comer.

MARÍA. San Cayetano
es un santo milagroso.
Fuera de eso, á cada paso
se hallan en Cádiz señores
tan buenos y tan humanos,
que por devocion socorren
uno, dos, ó muchos años,
á mujeres desvalidas
que están sin ningun amparo.

ATANAS. Si me crees, mándalo pronto
á escardar lana.

MARÍA. Tratamos
solo de su bien de usted.

RITA. Pues en viniendo, lo planto
en la del Rey.

ATANAS. ¿Dónde está
su ropa?

RITA. Los pocos trapos
los tiene en una talega.

ATANAS. Pues vé al instante á sacarlos.
(Váse Rita.)

MARÍA. Eso es lo mejor: mas vale
ir pobremente pasando
con sus puntadas, que estar
lidiando con un borracho.

ATANAS. Ya se vé: toma, si en Cádiz
es la aguja un mayorazgo,
y si no que se examinen
las papeletas del barrio,
y si la mitad no son
costureras, pierdo un brazo.

Sale RITA *con un talego.*

RITA. Aquí están los arambeles
de mi esposo.

MARÍA. Con tio Pablo
viene aquí.

Sale NICOLÁS *y el tio* PABLO *con una botella y un vaso escondido.*

NICOLÁS. Mujer, ¿qué haces
con mi ropa?

RITA. Te la saco
para que cargues con ella,
y te vayas con mil diablos
adonde jamás te vea.

NICOLÁS. Pero ¿qué motivo he dado
para echarme de esa suerte?

RITA. ¿Qué motivo, bribonazo?
El ser un hombre perdido,
un holgazan, un villano,
mal entretenido... Presto
carga con esos jarapos,
y vete con la chupona
que cortejas.

NICOLÁS. ¿Cómo, ó cuando?
¡Válgame Dios, qué calumnia!

ATANAS. Tunante, ¿quieres negarlo?
¿Con que no vienes ahora
de casa de Juana Ganchos?

NICOLÁS. Es mentira: que lo diga
mi compadre.

PABLO. Ese es un falso
testimonio. Mi compadre
viene de beber un trago,
y eso no es nengun delito,
porque hoy se ven en los bancos
de la taberna, marqueses,
vizcondes y mayorazgos.
Y yo conozco un señor
muy decente, que en el claro
de dos pipas se ponia
el peluquero á peinarlo.

RITA. ¿Qué, tambien usted lo tapa?

ATANAS. Pues: si su compadre Pablo
lo alcahuetea.

PABLO. ¿Quién, yo?
¿Alcahuete á un hombre blanco?

MARÍA. ¿Qué, se admira? si los hay
con casacas y empolvados.

PABLO. No serán hombres, serán
figuras de tres al cuarto.
¡Yo alcahuete? Pues es cierto,
que le servia á un buen amo.

RITA. Dejemos conversaciones
y cargue usted con sus trapos.

NICOLÁS. Pero es posible, mujer...

ATANAS. Si no te marchas, te arrastro
y aljofifo los ladrillos
con tu cuerpo.

PABLO. Atanasio,
con que cuando yo venia
á que tomases un trago
de mi pipa, ahora te estremas.

ATANAS. ¿Podia yo adivinarlo?
¿qué tal es?

PABLO. Si yo en mi vida
he bebido vino malo.
¡Vaya una uvita!
(Le echa y se lo bebe.)

RITA. ¡Por cierto
que tengo yo un buen hermano!

ATANAS. ¡Qué buena boca! *(Dále el vaso.)*

PABLO. ¡Es un nectar!
yo no tengo por pecado
emborracharme con él.

NICOLÁS. Que quiero paladearlo.

PABLO. Dos deditos.
(Echale y bebe Nicolás.)

RITA. Yo no sufro
tales infamias.

MARÍA. ¡Buen chasco!

RITA. A emborracharse á otra parte.
Hijito mio, volando,
échate el ajuar á cuestas.

ATANAS. Rita, esto ya se ha acabado:
vayan pelillos al mar,
y dénse al punto los brazos.

RITA. Primero me tiraria
por la ventana.

PABLO. Despacio,
que esto se ha de componer.

NICOLÁS. Yo te juro no dar paso
sin tu licencia.

RITA. No quiero,
ya lo he dicho y ni los diablos
me convencen: ó te vas,
ó soy yo la que me marcho.
PABLO. ¿Es posible comadrita?...
ATANAS. Qué duros tienes los cascos.
NICOLÁS. Déjala: pues ella quiere
separacion, yo me najo.
Pero mira puede ser,
que me eches menos. *(Llora.)*
ATANAS. Ea, vamos,
coje tu ropa, y no llores
por una loca.
PABLO. Atanasio, *(Dále el vaso.)*
arrópese usted, que el tiempo
está fresco.
RITA. ¡Qué borrachos!
Vamos, Nicolás, acaba
de marcharte.
NICOLÁS. Ya este trato
pasa de raya, endinota.
Permita el cielo que un rayo
me parta, cuando yo pise
tus umbrales: venga el saco,
ya esto se acabó. Compadre
sígame usted.
ATANAS. Yo no largo
á los amigos abures.
PABLO. Vámonos, compadre.
ATANAS. Vamos.
NICOLÁS. Esperarse. Rita, dame
al momento el relicario
que te regalé la Pascua.
RITA. Pero si ya me lo has dado...
NICOLÁS. No quiero, infame, que tengas
prenda mia.
MARÍA. ¡Qué villano!
RITA. Hijo mio, dices bien:
toma, y márchate volando.
NICOLÁS. Vamos, compadre.
PABLO. A beber,
porque me va dando flato.
NICOLÁS. Escucha: venga mi hijo.
RITA. Me libras de un espantajo;
¿dónde estás, cara de cielo?
Currillo...

Sale CURRILLO.

CUR. ¿Quién me ha llamado?
RITA. Niño, vete con tu padre.
NICOLÁS. Prontito, dáme la mano:
vamos de aquí.
PABLO. Comadre,
¿es posible que mi ahijado
no le tire á usted?
RITA. Ni esto.
PABLO. Vaya, si es usted de mármol:
¡aborrecer á su hijo!
¡Si fuera de contrabando!
Lo debiera usted querer.
NICOLÁS. Véngase usted, señor Pablo:
¡lo mejor se me olvidaba!
Mira, Rita, dame el gato.
RITA. ¿El gatito? No, primero
carga con todos los trastos.
Si me estoy mirando en él.
NICOLÁS. Y mas que te estés mirando:
yo lo traje, por mas señas
que me dió cuatro arañazos.
RITA. ¿Y qué importa? Para eso
me he desvelado en criarlo.
NICOLÁS. El gato es mio, y sin él
no me muevo.
RITA. ¡Un rejonazo!
PABLO. Comadrita, mire usted
que está el gato vinculado.
ATANAS. Venga el animal prontito.
MARÍA. Désele usted con mil santos.
RITA. Si eso es arrancarme un ala
del corazon.
NICOLÁS. Venga el gato.
PABLO. Vaya, saque usté ese bicho.
MARÍA. ¡Resolucion!
RITA. ¡Bribonazo!
Por no verte en mi presencia
un instante, me deshago
de la cosa que mas quiero. *(Váse.)*
PABLO. Bien se conoce que el gato
no es hijo de usted, compadre.
Vaya, que estoy admirado
sobre que el ser animal
es hoy dia un mayorazgo.
NICOLÁS. Puede ser que ella se acuerde.
ATANAS. Aunque arrojes los livianos
de pena, no te blandees.
NICOLÁS. ¿Yo blandearme? ¡Canastos!
Donde fuere yo, ha de ir
el gatito.
PABLO. De ermitaño
se quedará en la taberna.

Sale RITA, *con un gatito.*

RITA. ¡Mono mio! ¡Dulce encanto!
¿Cómo viviré sin ti?
NICOLÁS. Venga mi alhaja volando.
RITA. Déjame darle mil besos.
NICOLÁS. Compadre, á usted se lo encargo.
PABLO. Bien: yo cuidaré del micho.
(Coje el gato.)
RITA. ¡Ay, mi gatito! ¡Qué tragos
de amargura! ¡Yo me muero!
¡Yo he perdido mi descanso...
mi consuelo... mi delicia!...
¡Ay, qué dolor!
NICOLÁS. Rita, hagamos
las paces, y te lo vuelvo.
PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?
RITA. No lo suelte usted, no quiero
vivir con este borracho.
Mas quiero morir de pena.
¡Infeliz de mí, qué ratos
sin mi gatito me esperan! *(Llora.)*
NICOLÁS. Límpiate los ojos, vamos

yo me enmendaré, Ritita.
PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?
RITA. No señor, es un perdido,
un bribon, un perdulario,
y le aborrezco de muerte.
NICOLÁS. Vámonos, compadre Pablo,
esto no puede sufrirse.
RITA. Espérate... ¿mas, qué hago?
Yo no sé lo que me digo...
¡Ay, triste, que me desmayo...
que me vuelvo loca!
NICOLÁS. Niña,
los enojos se acabaron:
vaya, ¿largo la talega?
PABLO. Comadrita, ¿suelto el gato?
RITA. Suéltelo usted, que no puedo
resistir... (*Tómale el saco.*)
NICOLÁS. Dadme un abrazo.
RITA. No, primero es mi gatito,
ven, bien mio, mi regalo,
ven con tu ama. ¡Ay, qué mono!
PABLO. Tenga usted mucho cuidado
con ese animal, compadre,
pues mientras que viva el gato
no le faltará padrino.
RITA. Pero Nicolás, cuidado
que te enmiendes.
NICOLÁS. Yo prometo
atender á mi trabajo.
MARÍA. ¡Qué tonta es usté, vecina!
RITA. Y usté hace oficio de diablo,
pues procura indisponer
los matrimonios. Volando
váyase usted de mi casa.
MARÍA. Bien tenia yo este pago;
por fin, gente sin crianza. (*Váse.*)
RITA. Déjame que de un sopapo
le quite los moños.
NICOLÁS. Tente,
Rita mia, y no hagas caso
de chismosas.
ATANAS. Tio Pablito,
¿qué hacemos nosotros?
PABLO. Vamos
á la tienda del cañon
y haremos la salva entrambos.
TODOS. Pidiendo primero á todos
perdon de defectos tantos.

FIN.